

La pérfida Diana estaba un día,
Y yo a mi mal presente
Tras un jaral umbroso,
Muriendo de dolor de lo que vía.
El nada le decía,
Mas con mano grosera
Trabó la delicada
A torno fabricada
Y estuvo un rato así que no debiera.
Y yo tal cosa viendo,
De ira mortal y fiera envidia ardiendo.

BERARDO

Un día al campo vino,
Aserenando el cielo,
La luz de perfectísimas mujeres,
Las hebras de oro fino
Cubiertas con un velo,
Prendido de dorados alfileres;
Mil juegos y placeres
Pasaba con su esposo,
Yo tras un mirto estaba,
Y vi que el alargaba
La mano al blanco velo, y el hermoso
Cabello quedó suelto,
Y yo de vello en triste miedo envuelto.

No se limitó Gil Polo a cultivar magistralmente casi todos los metros largos y cortos usados en su tiempo, casi todas las combinaciones, sin excluir la *ríma percossa* (1) y los tercetos esdrújulos acreditados por el ejemplo de Sannazaro (2), sino que fué un verdadero innovador métrico, que continuando la obra de Boscán y Garcilaso, intentó añadir nuevas cuerdas a la lira castellana. Dos tipos de estrofas líricas introdujo en nuestro Parnaso, dignas entrambas de haberle sobrevivido, aunque apenas han tenido imitadores. Una y otra son curiosas además porque prueban trato íntimo con literaturas poco conocidas o ya olvidadas en España. A la una llamó rimas *provenzales*, a la otra *versos franceses*. Es de presumir que por poetas provenzales entendiésemos los catalanes del último tiempo, únicos que es verosímil que hubiese leído; no creo, sin embargo, que abunde en ellos el tipo estrófico usado por dos veces en la *Diana*. Yo sólo recuerdo uno, no igual

(1) Usada ocasionalmente en el primer libro (p. 56 de la ed. de Sancha):

Berardo, el mal que siento es de tal *arte*
Que en todo tiempo y *farto* me consume...
Tauriso, el alto cielo hizo tan *bella*
Esta Diana *estrella*, que en la *tierra*
Con luz clara *destierra* mis tinieblas..

(2) *Tercos esdrucioles* los llama Gil Polo, que los usa una vez sola, al principio de una égloga del tercer libro (p. 114).

Tauriso, el fresco viento que alegrándonos
Murmura entre los árboles altísimos,
La vista y los oídos deleitándonos..

Ha de advertirse respecto de los esdrújulos de Gil Polo, Montemayor, y en general de todos nuestros poetas del siglo XVI, que hay muchos que no lo son conforme a nuestra prosodia. Para que resulten, hay que leer los versos a la italiana.

en el número de los versos, sí análogo por la combinación de endecasílabos y pentasílabos, en unos versos del notario barcelonés Antonio de Vallmanya, que obtuvo la joya en un certamen de 1457 (1). Los de Gil Polo son encantadores, y parecen nacidos para puestos en música:

Cuando con mil colores devisado
Viene el verano en el ameno suelo,
El campo hermoso está, sereno el cielo,
Rico el pastor y próspero el ganado,
Filomena por árboles floridos
Da sus gemidos,
Hay fuentes bellas,
Y en torno dellas
Cantos suaves
De Ninfas y aves;
Mas si Elvinia de allí sus ojos parte,
Habrà continuo hibierno en toda parte.
Cuando el helado cierzo de hermosura
Despoja hierbas, árboles y flores,
El canto dejan ya los ruseñores,
Y queda el yermo campo sin verdura,
Mil horas son más largas que los días
Las noches frías,
Espesa niebla
Con la tiniebla
Oscura y triste
El aire viste;
Mas salga Elvinia al campo y por doquiera
Renovará la alegre primavera.

Si Delia en perseguir silvestres fieras,
Con muy castos cuidados ocupada
Va de su hermosa escuadra acompañada
Buscando sotos, campos y riberas;
Napeas y Hamadryadas hermosas,
Con frescas rosas
Le van delante,
Está triunfante
Con lo que tiene;
Pero si viene
Al bosque donde caza Elvinia mía,
Parecerá mejor su lozanía.
Y cuando aquellos miembros delicados
Se lavan en la fuente esclarecida,

(1)

Yo trist per so que amant vos he servida
Ab form'e gest de ver enamorat
E mes valer tostemps be favorida
De les millors ab cor no veriat,
E mostrand-vos amor sens fantasia
Vos dins un dia
No'b colpa mia
Ab gran desdeny m'agués tot avorrit
Com fols delits d'aquest mon l'espirit

(L'obra de desconaxensa ab la qual lo predit Vallmanya gonya la joya).
Vid. Obras de D. Manuel Milá y Fontanals, t. III, p. 197.

Si allí Cintia estuviera, de corrida
 Los ojos abajara avergonzados,
 Por que en la agua de aquella trasparente
 Y clara fuente
 El mármol fino y peregrino
 Con beldad rara
 Se figurara,
 Y al atrevido Acteón, si la viera,
 No en ciervo, pero en mármol convirtiera! (1)

Los que Gil Polo llama *versos franceses* son, como puede suponerse, alejandrinos, quizá los únicos que en todo el siglo xvi se compusieron en España, pero no dispuestos en la horrible forma de pareados, ni en el tetrástrofo monórrimo que nuestros poetas de *clerecia* usaban en los siglos medios, sino combinados con su hemistiquio, formando una estrofa de mucha amplitud y pompa lírica, que parece forjada sobre el modelo de alguna de las de Ronsard. En este metro compuso Gil polo el epitalamio de Diana y Sireno, uno de los mejores trozos que hay en la *Diana*.

De flores matizadas se vista el verde prado,
 Retumbe el hueco bosque de voces deleitosas,
 Olor tengan más fino las coloradas rosas.
 Floridos ramos mueva el viento sosegado.
 El río apresurado
 Sus aguas acreciente,
 Y pues tan libre queda la fatigada gente
 Del congojoso llanto,
 Moved, hermosas Ninfas, regocijado canto...

Casados venturosos, el poderoso cielo
 Derrame en vuestros campos influjo favorable,
 Y con dobladas crías en número admirable
 Vuestros ganados crezcan cubriendo el ancho suelo.
 No os dañe el crudo hielo
 Los tiernos chivaticos,
 Y tal cantidad de oro os haga a entrambos ricos,
 Que no sepáis el cuánto.
 Moved, hermosas Ninfas, regocijado canto...

Remeden vuestras voces las aves amorosas,
 Los ventecicos suaves os hagan dulce fiesta,

(1) No recuerdo que ningún poeta del siglo xvi imitara esta mezcla de endecasílabos con quebrados de cinco, más que Ginés Pérez de Hita, que escribió en este metro las lamentaciones de la reina de Granada (*Guerras Civiles*, cap. xv):

¡Fortuna, que en lo excelso de tu rueda
 Con ilustrada pompa me pusiste!
 ¡Por qué de tanta gloria me abatiste?
 Estable te estuvieras, firme y queda,
 Y no abatirme así tan al profundo,
 Adonde fundo
 Dos mil querellas
 A las estrellas,
 Porque en mi daño
 Un mal tamaño
 Con influencia ardiente promovieron
 Y en penas muy estrañas me pusieron...

Alégrese con veros el campo y la floresta,
 Y os vengan a las manos las flores olorosas:
 Los lirios y las rosas,
 Jazmín y flor de Gnido,
 La madreselva hermosa y el arrayán florido,
 Narciso y amaranto.
 Moved, hermosas Ninfas, regocijado canto...

El primor y lindeza de la mayor parte de las poesías contenidas en la *Diana* de Gil Polo han hecho que queden algo en la sombra los indisputables méritos de su prosa, muy culta, amena y limada, si bien no dejan de notarse en ella, lo mismo que en los versos, algunos giros y frases propios de la nativa lengua del autor y tal cual italianismo, que desdican de la pureza con que generalmente escribió el castellano. Tales son las voces *tempesta* por tempestad y *superbos* por soberbios, alguna rima falsa por efecto de pronunciación valenciana:

Medres y *crescas*
 En yerbas frescas,

y el extraño modismo *tan mala vez* por *inmediatamente después* dos veces repetido; pequeños lunares que sólo por curiosidad advertimos.

A la circunstancia fortuita de haber salido a la luz primero y de ir unida a la obra de Montemayor debió la detestable *Diana* del salmantino Pérez el honor inmerecido de tener en lo antiguo muchas más ediciones que la de Gil Polo. Llegan a nueve, sin embargo, las que de ésta registran los bibliógrafos, comenzando por la rarísima de Valencia, 1564 (1). Pero trocándose la fortuna en el siglo xviii, la *Diana* del poeta valenciano fué mucho más leída, encomiada y reimpresa que la de Montemayor. Aun antes que Cerdá y Rico renovara espléndidamente en la memoria de los doctos el nombre de su conterráneo, corría en Inglaterra una elegante reimpresión de 1739, dedicada a una señora estudiosa de nuestra lengua (1). Posteriormente, el texto de Cerdá ha sido reimpreso cuatro veces por lo menos (2), lo cual prueba la popularidad persistente del libro y el recreo que todavía proporciona su lectura. No como obra acéfala, sino formando cuerpo con las

(1) No he visto esta primera edición, pero sí la siguiente:
Primera parte de Diana Enamorada. Cinco libros que prosiguen los siete de la Diana de Jorge Monte Mayor. Compuestos por Gaspar Gil Polo, dirigidos a la muy ilustre Señora Doña Hieronima de Castro y Bolea. En Anvers. En casa de la Biuda y herederos de Juan Stelsio, 1567.—12.^o
 —Anvers, Gil Stelsio, 1574.
 —París, Roberto Esteban, 1574 (citada por Fuster).
 —Zaragoza, Juan Millán, 1577 (acaso sea la misma que Cerdá cita como de Lérida).
 —Pamplona, Tomás Porrallis, 1578 (unidas a las otras dos *Dianas* de Montemayor y Alonso Pérez).

—París, Roberto Esteban, 1611.
 —Bruselas, Roger Velpio y Huberto Antonio, 1617.
 (1) Cuidó de esta edición, impresa por Tomás Woodward y dedicada a D.^a Isabel Sutton, el judío español Pedro Pineda, a quien luego citaremos como editor de Lofrasso.
 (2) *La Diana Enamorada... Nueva impresión con notas al canto de Turia* (Madrid, por don Antonio de Sancha, 1778). Con una lámina de Carnicer grabada por Fabregat.
 —Madrid, Sancha, 1802, con las notas de Cerdá.
 —Madrid, Repullés, 1802.
 —París, Imp. de Gaultier-Laguionie, 1827, 16.^o. Edición muy elegante, costeada por D. Joaquín M.^a Ferrer.

—Valencia, J. M.^a Ayoldi, 1862 (Es el tomo primero, y único publicado, del *Parnaso de ingenios valencianos; colección de las más célebres obras literarias de nuestros antiguos poetas*).
 —Barcelona, Cortezo y C.^a 1886 (al fin de la *Diana* de Montemayor).

otras dos *Dianas*, fué traducida al francés por Gabriel Chappuis y Antonio de Vitray, al inglés por Bartolomé Yong, al alemán por Kuffstein y Harsdöfer. Todas estas versiones quedan indicadas al hablar de Montemayor.

Pero hay una especial de la *Diana* de Gil Polo, que tanto por la lengua en que fué escrita como por su rareza y particulares circunstancias, reclama más individual mención. Me refiero a la latina que publicó en Hannover, 1625, el docto y extravagante humanista alemán Gaspar Barth, en quien algunos han creído sin fundamento ver el prototipo del Licenciado Vidriera. Era Barth sumamente versado en nuestra literatura y fino estimador de ella, como lo mostró traduciendo y comentando prolijamente la *Celestina* con el título de *Pornoboscodidascalus* (1624). A la traducción de la *Diana* de Gil Polo puso el rótulo de *Erotodidascalus sive Nemoralium libri V* (1), y en el prólogo hizo de ella el más caluroso elogio. «Es composición egregia (dice), y que si hubiese sido escrita en lengua latina o griega hace muchos siglos, estaría hoy contada entre los poemas clásicos del amor. Hay en ella admirables sentencias, tomadas de la experiencia de la vida, y en esta parte juzgo que el autor arrebató la palma a todos los demás que han tratado de análoga materia. El argumento del libro nada tiene de torpe o deshonesto: achaque de que suelen adolecer no pocos monumentos de los antiguos escritores. Las historias están limpiamente narradas, sin obscenidad alguna y entretejidas con mucha gracia artificiosa y suave. No hay que buscar aquí alusiones y dichos picantes, o más bien procaces y lascivos. Los versos parecen nacidos bajo el más favorable influjo de las musas y de las Gracias, de tal modo que sin escrúpulo podemos oponer las invenciones de este autor a las de los más felices poetas» (2).

El filólogo de Brandeburgo traduce con suma puntualidad el texto de Gil Polo, suprimiendo sólo el *Canto de Turia*, sobre el cual pone en castellano esta curiosa acotación: «El siguiente canto para [por] ser hecho a las alabanzas de Varones muy señalados del Reyno de Valencia, cuyos nombres y virtuosas ationes no son conocidas en otras tierras, no es traducido para [en] Latin, como los otros hasta a esse, tratantes cosas de Amores pastoriles y placeres de Nymfas enamoradas, donde las ficciones tocan a todos los hombres sujetos al poder del valoroso Cupido y su madre la más renombrada Diosa de los Poetas».

Todo lo demás está vertido a la letra, la prosa en prosa, los versos en verso, procurando remedar la variedad métrica del original. Para que se juzgue de tan singular ensayo, copio en nota una parte de la *Canción de Nerea*, que, por ser tan conocido el texto español, se presta fácilmente al cotejo (3).

(1) *Gaspar Barthi Erotodidascalus, sive Nemoralium Libri V Ad Hispanicum Gasparis Gilli Poli. Cum figuris aeneis. Hanoviae, Typis Wecheliani, apud Danielem et Davidem Aubrios et Clementem Scheichium. Anno M.DC.XXV. 8.º, 6 hs. prls. sin foliar y 315 pp. Con una lámina en cada uno de los libros.*

(2) *Egregia vero compositio est, et quae Graecae Latinae sermone ante aliquot haec secula concepta fuisset, dubio prociui cum principibus scriptorum amabilium censeretur jam olim. Monita insunt insignia, et ex medio rerum usu petita quae palmam merito omnibus aliis eripere censentur. Scopus ipse libelli minime turpis aut fœditatis consecrator est; quo vitio non pauca, etiam antiquorum scriptorum monumenta vere prudentibus sordere debent. Historiae obiter recensitae, nulla prorsus obscenitate, nullâ vero venere, artificiose et suaviter, ne juncturam videas, intexta. Procul omnis sermonis et allusionum, quae vernitas dicitur, reipsa autem lascivia est. Carmina fauentibus adeo Musis et Gratiis nata, ut horum inventiones potissimum omnis memoriae artificibus, hoc quidem in genere, opponere velim.*

Prometió también Gaspar Barth traducir la *Diana* de Montemayor, pero no hallo que cumpliera su promesa.

(3) Per prata felix quae rigat virentia

La moda de escribir continuaciones de la *Diana* no terminó con Alonso Pérez y Gil Polo. Hubo dos terceras *Dianas*, y una de ellas llegó a imprimirse. Fué su autor, o más bien compilador desvergonzado, un tal Jerónimo de Tejada, intérprete de lengua castellana en París. No he visto la edición de 1587, citada por los traductores de Ticknor, pero sí otra de 1627, que existe en la Biblioteca Nacional entre los libros que

Guadalaviar, fluvium parens,
Vectigal undarum inferens ponto suum,
Terrasque ditans ubere,
Galatea, fastuosa quod mori suo
Amore Lycium cerneret,
Ibat superba, littus ubi vicinia
Eluitur allapsi maris.
Lectura, pictos nunc lapillorum globos,
Conchasque arenarum è sinu:
Nunc voce cautes delicatâ personans,
Vicario undarum sono:
Modo ingruentis agmen expectans aquæ,
Sedebat ad littus vagum.
Fluctu reverso præpete aufugiens gradu,
Sed tacta sæpe album pedem.

Formosa nimpha, non ego te viderim
Cum fluctibus colludere.
Licet voluptas ista videatur tibi,
Fuge pontum, io, pontum fuge.
Galatea, Lycium ut efferâ fugis fugâ;
Parce, ô puella, his lusibus.
Nostrî doloris hisce succrescit furor,
Nolis malum addere hoc meis.
Pelago propinquam te videns, Nectuno ego
Invideo, ne te amaverit...

Relinque siccum littus, algas horrido
Infructuosas gramine.
Cave, marina ne qua bellua evolans,
Fœdo ore vulnus inferat
Exsultim adire littus adspicio? subit
Europa memoriam mihi,
Quam candidus bos insidentem per mares
Avexit in mœdhi torum.
Subit deinde Hyppolitus, ut fastu tumens
Spretoa novercæ, perierit,
Viso ille monstro, raptus in mille, æquoris
Frustrâ pudicus, fragmina est.

Ades hanc amœnam mecum, iò sub silvulam
Umbrosa in ista compita,
Et prata florum mille odora generibus,
Meridies ipsa hîc tepet!
Si capit aquarum te fluor, videas ibi
Fontem scatere limpidum.
Is inter omnes primus, expectat modò
In eo lavère bella tu.
In siccâ arenâ hac, vela non suffecerint,
Nulla umbra faciem dontegat,
Quin sole aprico denigrere candidam,
Sic forma perierit necens.
Nullæ Camœnæ hîc mulceant, sed turbidi
Atrox tumultus marmoris.
Ventorum inane per furentium tumor
Aquæque fundo prorutæ,

fueron de Gayangos (1). A otro ejemplar de la misma se refiere el Dr. Hugo Rennert en su precioso opúsculo sobre la novela pastoril, donde ha desmenuzado el libro de Tejada, mostrando que es un puro plagio (2). Todas las poesías están tomadas de Gil Polo, a excepción de dos o tres composiciones cortas. La prosa de los cuatro primeros libros tiene el mismo origen, con algunos cambios infelices y disparatados. En el quinto libro zurce Tejada la historia de Amaranto y Dorotea, imitada de la *Diana* de Alonso Perez. En el sexto, Parisiles, personaje de la misma *Diana*, refiere la historia del Cid. Completa esta fastidiosísima rapsodia otros episodios de la leyenda nacional, tales como la historia de los Abencerrajes y el tributo de las cien doncellas. Tejada manifiesta la ignorancia más suprema hasta en el modo de copiar los versos ajenos. Era sin duda un aventurero famélico, que procuró remediar su laceria con el producto de esta piratería literaria.

Antes de él, un cierto Gabriel Hernández, vecino de Granada, había obtenido en 28 de enero de 1582 privilegio por diez años para imprimir una tercera parte de la *Diana*, fruto de su ingenio; pero tal impresión no llegó a verificarse, si bien consta que Hernández traspasó en quinientos reales su privilegio al librero Blas de Robles en 8 de agosto del mismo año. Debo esta noticia, hasta ahora enteramente desconocida, al docto investigador D. Cristóbal Pérez Pastor, que con tan peregrinos datos ha enriquecido nuestros anales literarios de los siglos XVI y XVII (3).

Inaudiuntur, visui nil gratius
 Obfertur, ac fracto marts
 Furore tandem, naufragas ponto procul
 Tabulas videre vertier.
 At, ó, sub istud mi comes veni nemus,
 Natura quod comit bonis.
 Meridianum blanda quo sidus movet,
 Sole ardido friguscula.
 Huc crebra pastorum ingruunt collegia,
 Veris potita gaudiis.
 Fugue ó superbi vim maris; dulces veni
 Audire voces Carminum.
 Hic' cura quicquid ardua ingerit, procul
 Removemus, ac suspendimus...

Ni un rastro ni una línea de la inimitable gracia del original queda en esta reproducción pedantesca.

(1) *La Diana de Montemayor, Noveamente compuesta por Hieronymo de Texeda Castellano, interprete de lenguas, residente en la villa de Paris, do se da fin a las Historias de la Primera y Segunda Parte. Dirigida al Excellentissimo Señor Don Francisco de Guisa, Príncipe de Ionuille. Tercera Parte. A Paris, impressa a costa del Auctor M.DCXXVII. Con Privilegio Real.*

Un tomo en 8.º, que realmente compone dos volúmenes, el primero de 346 pp. y el segundo de 394.

(2) *The Spanish Pastoral Romances*, pp. 39-42.

(3) Poder de Gabriel Hernández, vecino de Granada, estante en Salamanca, autor de la tercera parte de *Diana*, y con priv. de impresión por 10 años (Cédula dada en Lisboa a 28 de enero de 1582), a Juan Arias de Mansilla, vecino de Granada, estante en Madrid, para traspasar el privilegio y concertar la impresión de dicho libro.

Salamanca, 4 agosto 1582.

(Ante Francisco Ruano, escribano de Salamanca).

Venta que Juan Arias de Mansilla hace, en nombre de Gabriel Hernández, del original de la *Tercera parte de Diana*, mas el privilegio por 10 años en favor de Blas de Robles, librero, y en precio de 500 reales, que le ha de pagar y además le ha de dar 12 pares de cuerpos del dicho libro ya impreso.

Madrid, 8 agosto 1582.

Obligación de Blas de Robles de pagar a Juan Arias de Mansilla 500 reales en dos plazos, fin de octubre y fin de diciembre de este año,

Ya hemos tenido ocasión de mencionar el rarísimo libro de la *Clara Diana a lo divino*, publicado en 1582 por el cisterciense Fr. Bartolomé Ponce, a quien debemos la noticia más positiva de la muerte de Montemayor. Las *Dianas*, que a los lectores de hoy parecen tan insulsas y candorosas, no satisfacían ni mucho menos los escrúpulos de los moralistas del siglo XVI. Malón de Chaide, por ejemplo, las incluía en la misma condenación que a los libros de caballerías: «¿Qué ha de hacer la doncella que apenas sabe andar y ya trae una *Diana* en la faldriquera? Si (como dijo el otro poeta el vaso nuevo se empapa y conserva mucho tiempo el sabor del primer licor que en él se echase, siendo un niño y una niña vasos nuevos, y echando en ellos vinos venenosos, ¿no es cosa clara que guardarán aquel sabor largo tiempo? Y ¿cómo cabrán allí el vino del Espíritu Santo y el de las viñas de Sodoma (que dijo allá Moisés)? ¿Cómo dirá *Pater noster* en las *Horas* la que acaba de sepultar a Piramo y Tisbe en *Diana*? ¿Cómo se recogerá a pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en Garcilaso? ¿Cómo? Y ¿honesto se llama el libro que enseña a decir una razón y responder a otra, y a saber por qué término se han de tratar los amores? Allí se aprenden las desenvolturas y las solturas y las bachillerías, y náceles un deseo de ser servidas y recuestadas, como lo fueron aquellas que han leído en estos sus *Flores Sanctorum*, y de ahí vienen a ruines y torpes imaginaciones, destas a los conciertos o desconciertos, con que se pierden a sí y afrentan las casas de sus padres y les dan desventurada vejez; y la merecen los malos padres y las infames madres que no supieron criar sus hijas, ni fueron para quemalles estos libros en las manos. Los *Cantares* que hizo Salomón más honestos son que sus *Dianas*: el Espíritu Santo los amparó; el más sabio de los hombres los escribió; entre esposo y esposa son las razones; toda lo que hay allí es casto, limpio, santo, divino y celestial y lleno de misterios; y con todo eso, no daban licencia los hebreos a los mozos para que los leyesen hasta que fuesen de más madura edad. Pues ¿qué hicieran de los que son faltos de tantas circunstancias de abonos como tienen los *Cantares* en su favor? Esto es para desengañar a los que se toman licencia de leer en tales libros con decir que son honestos» (1).

El P. Ponce, que sin duda pensaba lo mismo que el elocuente y pintoresco autor de *La Conversión de la Magdalena*, pero al propio tiempo admiraba sobremanera el talento poético de Jorge de Montemayor, quiso buscar antídoto al veneno de la amorosa pasión, valiéndose del medio de pariodar en sentido místico la obra de su adversario y aplicar a los loores de la Santísima Virgen los encarecimientos que hace aquél de la belleza profana. Siguió, pues, el mismo rumbo que los autores de libros de *Caballería Celestial*, el mismo que Sebastián de Córdoba en su *Boscan y Garcilaso a lo divino* (1575) o D. Juan de Andosilla Larramendi en el extraño centón a que dió el título de *Cristo Nuestro Señor en la Cruz hallado en los versos de Garcilaso* (1628). Pero no empeñándose como éstos en la tarea absurda de seguir paso a paso y verso por verso la obra que pariodaba, hizo de la *Clara Diana* un libro no enteramente despreciable, a lo menos por la pureza y abundancia de su prosa. Los versos valen poco (2).

Madrid, 17 agosto 1582.

(Prot.º de Juan García de Munilla, 1580 a 86, folios 193, 194 y 197).

(1) *Libro de la Conversión de la Magdalena*. Lisboa, 1601, folio 3.

(2) *Primera parte de La Clara Diana, repartida en siete libros, compuestos por el muy reverendo Padre Fr. Bartolomé Ponce, monje del monasterio de Sancta fe, del sacro orden del Cistel. Dirigida al sabio y prudente lector... Impreso en la villa de Epila por Tomás Porrallis, 1580. 8.º* (Núm. 3.500 de Gallardo).

De las novelas pastoriles posteriores a Montemayor y Gil Polo, la primera en orden cronológico es la del soldado sardo Antonio de Lofrasso, que lleva por título *Los diez libros de la fortuna de amor*, obra de las más raras y de las más absurdas de nuestra literatura que salió de las prensas de Barcelona en 1573 (1). Su principal celebridad la debe a estas palabras del cura en el donoso escrutinio de los libros de Don Quijote. Por las órdenes que recibí... que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste genero han salido a la luz del mundo, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto; dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me diesen una sotana de raja de Florencia; púsole aparte con grandísimo gusto» (2).

Buen chasco se llevaría el que fiándose de esta burlesca recomendación se enfrascase en la lectura del libro de Lofrasso, donde si bien aparece lo disparatado por cualquier parte que se le abra, es imposible tropezar con lo gracioso por ninguna. Se conoce que Cervantes, con el alma candida y buena que suelen tener los hombres verdaderamente grandes, sentía cierto infantil regocijo con la lectura de disparates que a un lector vulgar hubieran infundido tedio. Porque Lofrasso merece con toda justicia los calificativos de «poeta inculto y memo» que le da Pellicer, no sólo por lo rudo de su invención y la rusticidad de sus versos, sino por infringir a cada momento en ellos las reglas más elementales de la prosodia, de tal modo que apenas hay ninguno que lo sea, o por sobra o por falta de sílabas, o por no tener la acentuación debida (3). Además, el

—Zaragoza, 1582.

—Zaragoza, 1599, por Lorenzo de Robles.

Hay del mismo autor otro libro no menos raro, titulado *Puerta Real de la inexcusable muerte* (Salamanca, 1595, por J. y Andrés Renaut, a costa de Claudio Curlet, saboyano). Está dividido en siete diálogos, con algunos versos intercalados, y contiene la vida del obispo de Osma, don Pedro de Acosta.

(1) *Los diez libros de Fortuna d'Amor, compuestos por Antonio de lo Frasso, militar, sardo, de la ciudad de Lalguer, donde hallaran los honestos y apasibles amores del pastor Frexano y de la hermosa pastora Fortuna, con mucha variedad de invenciones poéticas historiadas. Y la sabrosa historia de don Floricio y de la pastora Argentina. Y una invención de justas reales y tres triumphos de damas, Dirigido al ilmo. S. don Luis Carroz y de Centellas, Conde de Quirra y Señor de las baronías de Centellas (Escudo del Mecenas). Impreso en Barcelona, en casa de Pedro Malo, impressor, con licencia de su Señoría Reuerendissima.*

El año consta en el colofón, que está al reverso del folio 344: «acabose a primero de Março año del Señor 1573».

(2) Cervantes debía de tener tan leído a Lofrasso que de él tomó probablemente el nombre de Dulcinea. En el libro sexto figuran un pastor llamado *Dulcineo* y una pastora *Dulcinea* (tomo II de la edición de Londres, pp. 48 y 49).

(3) Los versos cortos no suelen estar mal medidos como los de arte mayor, pero son tan insulsos como ellos. Júzguese por esta canción, que es de lo menos malo que he encontrado (tomo I de la edición de Londres, pp. 68 y 69):

¿A dónde vas, di, pastor,
Con tu ganado?

Voy al prado de amor
Por mi pecado.

Dicen que es prado abundoso

De mil flores,

Apacible y congojoso

En flores (1).

Pensaba estar sin amores

Descansado,

Y soy del arco de Venus

Condenado.

Vi pasar zagala extraña
A mi ver.

Luego moviome un querer

Desatinado,

En el prado de amor,

Por mi pecado.

Dixo tenía entendidas

Mis razones,

Y que tenía por fingidas

Mis pasiones.

¡Ay falsas de corazones

Y estado!

lenguaje está plagado de solecismos, que delatan el origen extranjero y la corta educación del autor. La prosa puede presentarse como un dechado de pesadez, siendo Lofrasso tan inhábil en la construcción de los periodos que más de una vez le acontece escribir de seguido cinco o seis páginas sin un solo punto final (1). Del argumento de la obra no se hable, porque realmente no existe.

Increíble parece que obra tan necia e impertinente obtuviera en Inglaterra, a mediados del siglo xviii, los honores de una edición ilustrada y lujosa (2). Tuyo la extravagancia de hacerla un judío de origen español, Pedro de Pineda, intérprete o maestro de lengua castellana, conocido por su diccionario inglés-español y por haber corregido con bastante esmero el texto de la famosa edición del *Quijote* hecha en Londres en 1738 bajo auspicios de lord Carteret. Pineda, tomando al parecer por lo serio las palabras del cura, buscó afanoso el libro de Lofrasso, tan raro ya en aquella fecha, que compara su hallazgo con el de la piedra filosofal, y ora fuese por ignorancia y falta de gusto, ora por explotar la codicia bibliománica, no dudó en estamparle de nuevo, con láminas bastante bien grabadas, aunque de tan ridícula composición como el texto. A sus ojos no podía menos de ser producción muy apreciable por su «bondad, elegancia y agudeza», la que había encomiado el «águila de la lengua española Miguel de Cervantes». Sin duda no había tropezado nunca Pineda con el *Viaje del Parnaso*, en que Cervantes, tan indulgente de continuo, se encarniza más que con ningún otro poeta con el desventurado Lofrasso:

Miren si puede en la galera hallarse
Algún poeta desdichado, acaso,
Que a las fieras gargantas puede darse.
Buscáronle, y hallaron a Lofrasso,
Poeta militar, sardo, que estaba
Desmayado a un rincón, marchito y laso.

Estando en mi cabaña
A placer,

¿No veis mi mal en canciones
Publicado?

No es menos ridículo este cartel contro el Amor, que se halla en el libro 6.º, p. 14:

Yo descontento pastor,
Que los contentos desvío,
Al gran contento de Amor,
Enemigo mío mayor,
Dende ahora desafío
Mano a mano.

Pues se hace soberano
Del gobierno de mi prado,
Ya que ha sido liviano

En demostrarse tirano,
Le desafío armado:

¡Ea presto!

Que yo quiero ver su gesto,

Pues jamás lo he conocido,

Ya que del amor honesto

Me hallo en todo esto

Cruelmente ofendido,

Noche y día...

Pero basta de necedades, que no dejan de serlo por estar en un libro rarísimo.

(1) Tal acontece, por ejemplo, desde la página 237 hasta la 243 del libro 9.º en el tomo II de la edición de Londres.

(2) *Los diez libros de Fortuna de Amor, divididos en dos tomos... Dirigidos a mi Señora Doña Emilia Mason, por el que ha revisto, enmendado, puesto en buen orden y corregido a Don Quijote, impresso por F. Tomson, a la Diana enamorada de Gil Polo, pues es el mismo que publicó una Gramática por la Lengua Española, y un Dsccionario (sic) por el mismo efeto... Impreso en Londres por Henrique Chopel, librero en dicha ciudad. Año 1740.*

Dos tomos en 4.º con diez láminas, además de un supuesto retrato de Lofrasso, que debe de ser el de algún caballero inglés del tiempo de Carlos II.

El disparatado prólogo de Pineda está en el tomo II. En él se queja amargamente de «dos mequetrefes, el uno un fraile desfrailado y el otro un inglés aljamiado», que procuraban quitarle la ganancia de sus libros.